

RELATOS CERCANOS

ANTOLOGÍA

MARÍA LAURA OTTA
RÍO TERCERO
CÓRDOBA- ARGENTINA

AMOR PERPETUO

ENERO

Era enero y el aire del verano invitaba al descanso. Tal vez por eso dijiste que sí cuando ellos te invitaron.

El lugar, ¿acaso importaba? Estabas de vacaciones y todo podía dejarse fluir.

Llegaste con la firme idea de que era un domingo más y que sólo ibas a responder al sol y sus caprichos.

¡Pero la glicina te embrujó desde la entrada y su bienvenida (la de él) ... Ay! ¡Su bienvenida!

JULIO

El reencuentro se produjo cuando los colibríes emprendían su retirada.

Ese invierno quiso que sólo el leño fuera el testigo de aquellas interminables charlas, de los libros, de la música. La casa se hizo tu fuerte, tu refugio. No importaba nada, ni la edad, ni los prejuicios. El tiempo se detuvo, sin más.

TODOS LOS DÍAS

Venías de perder una batalla. Él, de combatir todas las guerras.

Y fue hasta que sus manos cargadas de arenas del desierto se posaron en tu espalda, que pudiste sentir que el corazón se puede entregar, y que está bien, que no hace falta más.

Te mostró el mundo, mientras la piel gozaba. Te instaló en su alma. Y la tuya se dejó llevar por el aire, por las historias, por las palabras. Los dos se hicieron poema y risa, confianza, miradas. Nunca nadie se había atrevido a tanto, a todo.

FINAL

¿Por qué nadie te dijo que las novelas terminan?

¿Por qué nadie te mostró el posible final?

Él sabía, sí, lo sabía. Y te quiso ahí en ese último instante.

El sabor de los besos se mezcló en el aire. Las glicinas y los colibríes lo robaron desde la ventana.

Y las arenas del desierto lo envolvieron de repente.

HOY

Justo hoy se puso a llover. Con tu taza de café recién servida, te acercaste a la ventana que da al jardín.

Un leve escalofrío te corrió la espalda y ahí lo viste, posado sobre la palmera, un colibrí de mil colores, como las mil historias que él te contaba.

LA PUERTA VERDE

_ Listo. Creo que ya está todo.

_ ¿Estás segura, Marina? Mirá que, si nos olvidamos de algo, va a ser difícil venir a buscarlo.

_ Sí Clara. Ya revisé mil veces. Igual no creo que la Nonina se dé cuenta si falta algo. Tampoco tiene tanto lugar para guardar cosas en la habitación donde va a estar.

_ Está bien. La semana que viene vendremos a limpiar un poco – dijo Clara en voz baja, casi como un susurro. Mientras hacía el último rodeo con su mirada por el salón de la Nonina, su atención se enfocó en la puerta verde, la del final del pasillo. Aquella puerta infranqueable en la infancia, la de la pieza del fondo.

De todas maneras, cerró la entrada principal y salió, junto con Marina hacia el coche estacionado sobre la vereda del frente.

La tarde era gris. Pero el ánimo de las hermanas parecía más nublado que el cielo.

Llevar a la Nonina a la Residencia no había sido una decisión fácil de tomar. Aun así, a ella parecía no molestarle.

En realidad, ninguna podía estar segura de lo que pasaba por la cabecita blanca de su abuela. Y tal vez por eso, querían llevar con ella todas aquellas pertenencias que la harían sentir no tan lejos de casa.

Esa noche, Clara preparó su té de jazmín y recordó de nuevo la puerta verde: Cuando eran niñas, visitar la casa de la Nonina era una fiesta. Cada domingo, el ritual de la mesa llena de comida y primos se repetía.

Corretear por el patio colmado de flores, jugar a las escondidas detrás de los arbustos, inundar de risas y gritos el pasillo y las habitaciones era lo más parecido a un viaje de aventuras que tenían.

Todo estaba permitido. Menos la puerta verde. La pieza del fondo era el único lugar al que no se podía entrar.

Y ya se sabe lo que sucede con lo prohibido...

Cada domingo intentaban acercarse, como si fueran a escuchar sonidos fantasmales, probaban mirar por la cerradura y, en el instante preciso, en que el primo mayor, acercaba su mano al picaporte, aparecía la Nonina, con el grito firme y la palma de la mano despeinando al intruso de un cachetazo.

Hacía una semana que la Nonina estaba en la Residencia. Todo parecía estar bien.

Marina y Clara acordaron pasar por la casa de su abuela para limpiar y ordenar los últimos detalles. A poco de entrar, a Clara la invadió la misma curiosidad de la infancia.

_ Marina, ¿dónde estará la llave de la pieza del fondo?

Su hermana la miró, sus ojos iluminados de picardía y fue directo al cajón de los cubiertos. Allí aprovechó a contar que, una vez, le pareció ver a la Nonina, después de pasar por la pieza del fondo, guardar algo allí, en el primer cajón, donde estaban los cubiertos.

_ ¡¿Por qué nunca me dijiste?! _ casi gritó Clara. ¡Mil años queriendo entrar y vos, sabiendo dónde estaba la llave!

Marina soltó una carcajada y, mientras hurgaba entre los cuchillos, sólo pudo decir que le encantaba ver cómo la Nonina despeinaba de una palmada, el flequillo de su primo Ignacio.

Su hermana se le unió en la risa y comenzaron a recordar los domingos bulliciosos en esa casa.

Ambas, con la llave en las manos, se pararon frente a la puerta verde. Miraron hacia los costados y hacia atrás, como si alguien fuera a aparecer de repente y les negara el placer de abrir por primera vez el lugar prohibido. Miraron como si pidieran permiso para invadir el lugar secreto.

Marina giró la llave y bajó el picaporte. Abrió y encendió la luz.

Las hermanas sólo podían escuchar el latido acelerado de sus corazones.

En ese instante, un teléfono móvil sonó.

Era de la Residencia de Ancianos. Una de las cuidadoras transmitió el pedido.

Las dos se quedaron en silencio. Se miraron, sin más, hasta que Marina habló:

_ Dice la Nonina que, ya que estamos en la pieza del fondo, le llevemos la cajita azul. La que está en la repisa de la izquierda.

HUELLAS DE PALABRAS

A Cecilia le encantaba leer. Su abuela y su mamá la habían invitado, desde niña, a recorrer las páginas de los libros más lindos de la biblioteca familiar.

Descubrir esos garabatos llenos de historias se había convertido en su placer de cada día.

En el pueblo donde vivía, se fue haciendo de un grupo de amigas con las que mateaba algunas tardes, al cobijo del sol, en una plaza cercana.

Con el tiempo, cada una fue formando su familia, a su vez fueron teniendo hijos, y las mateadas al sol, se hicieron cenas imperdibles en alguna casa con suficiente espacio para todas.

Fue cuando Cecilia quiso compartir ese placer por leer que la acompañaba desde siempre, con aquellas a quien más quería. Y decidió que, cuando cada niño de sus amigas cumpliera 3 años, les regalaría un libro. Y así lo hizo. Y lo repitió cuando cada uno cumplió 4, 5 y 6.

Y por cada libro que les regalaba a estos hijos “prestados”, ella compraba uno más por si algún día naciera su propio niño.

El tiempo, como en los cuentos, fue transcurriendo. Su biblioteca infantil crecía, pero no había, en su casa, niño alguno, aún, para disfrutarla.

Entonces, resolvió armar una biblioteca viajera. Cargó en una caja grande, de plástico transparente, los libros que había estado reservando para quien se estaba demorando en llegar.

Les pidió a sus amigas que sumaran aquellos que ella les había regalado a sus hijos para los cumpleaños.

Y comenzó, cada semana en la que compartían la cena, a prestar los libros para que todos pudieran disfrutar lo leído y por leer.

Algunos se llevaban uno, otros elegían dos.

¿Las condiciones? Devolver para poder llevar libros de nuevo. Pero sobre todo ¡disfrutarlo con todas las ganas!, solos o en familia.

Y así, de a poco, cada niño fue descubriendo historias, lugares, personajes, colores.

Cuando ya habían leído todo lo que la caja viajera tenía para ofrecerles, los chicos decidieron comprar nuevos libros para agregar a esa biblioteca ambulante que tanto gusto les había despertado. Así, la tía regalona de cuentos, podría hacer que la biblioteca viajera no dejara de caminar.

Cecilia ya no vive en el pueblo. Se trasladó a un lugar precioso de las Sierras con sus dos tesoros: la biblioteca ambulante, que de tan gigante y pesada, los únicos que podían deambular eran los libros; y su hijo, un adolescente hermoso que llegó a su vida como un cuento de aventuras.

Con él, cada semana abren las puertas de su casa para que los chicos de la escuela, los de los parajes cercanos y todos aquellos que quisieran entrar, tomen un libro y lo lleven a volar por sus casas y su imaginación.

¿Las condiciones? Cecilia ya no pone condiciones.

Ella y su hijo sólo desean que las historias de los libros se queden, para siempre, metidas en la piel de quienes leen.

CUENTOS DEL CIELO

A Martín siempre le gustó contemplar las estrellas.

Desde niño pasaba horas tendido en su jardín mirando al cielo, registrando las constelaciones.

Una de esas noches de cielo limpio y generoso, se produjo un corte de energía eléctrica en toda la ciudad.

Martín terminó de tomar el sabroso helado casero que le preparó su mamá y salió, con su manta, dispuesto a disfrutar del espectáculo.

De repente vio un movimiento extraño. Sí allá en el cielo.

_ Un satélite_ pensó_ O tal vez un avión.

Pero no. Antes de volver a pensar, la constelación de Orión se acercó a la Osa Menor y, juntos, se arrimaron despacito a la Osa Mayor.

Le hicieron un pequeño toque a La Cruz del Sur y, entre todos, comenzaron un baile estelar digno de una película de Disney.

Lo que Martín no sospechó es que una estrella fugaz, lo incluyó en el baile. Lo elevó al cielo, lo meció de luces y le susurró al oído, historias.

¡Sí! Martín se llenó de historias de pescadores ávidos y festivos que surcan los siete mares cada noche.

De desiertos silenciosos, camellos somnolientos y pirámides misteriosas. De selvas majestuosas y ríos refrescantes.

Las estrellas le contaron historias de ciudades luminosas y poblaciones movedizas a la luz de la luna.

De los hielos eternos y los volcanes incontenibles.

¡Y Martín no cabía en él de tanta maravilla!

Cuando la luz eléctrica regresó, levantó su manta y como un cometa entró en su casa y en su habitación. Tomó un cuaderno viejo y una lapicera recién estrenada y se puso a escribir.

Casi toda la noche escribió lo que las estrellas le contaron, hasta quedar rendido sobre la cama sin desplegar.

Hoy Martín es escritor. Escribe cuentos del cielo.

Y su hija Candela disfruta cada noche de esas historias. Aunque poco le cree cuando su papá le cuenta que, algunas noches, él viaja hasta las constelaciones para traer las historias que le cuentan las estrellas a cerca de todo el universo.

Anoche Martín se decidió e invitó a su hija a mirar el cielo, igual como lo hacía cuando era niño.

Cada uno con su manta se dedicaron a observar.

De repente, un corte de energía, dejó la ciudad a oscuras.

Candela sólo alcanzó a soltar una exclamación de sorpresa cuando las estrellas empezaron a danzar...

RECUERDOS EN SEPIA

Claudio dio por finalizado el día cuando pudo poner en off su ordenador.

Entre tanto papeleo, acomodarse al nuevo sitio y regar las plantas (tarea obligada que su mamá no dejaría pasar) dedicó un momento a mirar las fotos que había decidido llevar consigo al mudarse de ciudad.

Mientras daba vuelta las páginas del álbum, los recuerdos no tardaron en convertirse en relatos de momentos, recorrido de historias vividas o contadas en las reuniones familiares, de esas que ya había empezado a extrañar.

Y por un momento pensó: *Los recuerdos se vuelven sepia para que no duelan tanto.*

La foto de su padre y él montados en el caballo del abuelo, despertó en Claudio esa idea.

Su padre y su abuelo solían sostener silencios mientras hacían embutidos y fiambres en el campo familiar.

Los mismos silencios que compartiría con él cada vez que anunciaba sus ansias de estudiar una carrera nueva, sus ganas de viajar por el mundo o la oportunidad de vivir y trabajar en otra ciudad. Silencios, palabras sueltas, frases parcas. Como si todo en la vida de Claudio fuera una afrenta para su padre. Como si nada colmara las expectativas, como si todo fuera poco.

Siempre así, hasta hace 3 meses, cuando el abrazo que pudieron darse en la sala de embarques del aeropuerto, pareció ser suficiente para sanar todo el sigilo, las miradas huidizas, la sensación de que, cada decisión suya era, para su padre, un error.

Claudio volvió a mirar y la foto trajo, no sólo el recuerdo de las cabalgatas de los fines de semana, sino también la aspereza de las manos de su padre mostrándole, sobre las suyas, cómo manejar las riendas; el olor a colonia de la primera vez que juntos usaron la afeitadora eléctrica, y los ojos llenos, el día de su graduación.

Es cierto, los recuerdos se pueden tornar sepia, pero los abrazos pueden recuperar colores, reparar historias, destrabar silencios, para poder seguir.

CAMBIOS

_ ¡Y se cortó la luz, nomás! _ dijo Stella.

La empresa de energía eléctrica había anunciado un corte por arreglos técnicos, pero ella abrigaba la esperanza de que no lo hicieran o se demoraran un poco más.

La oscuridad no le gustaba mucho.

Aun así, caminó sin temores hasta la silla mecedora que estaba cerca de la ventana principal. Sabía que no iba a tropezar con nada porque todo estaba perfectamente en su lugar. Siempre estuvo todo en su lugar.

Se sentó cómoda, y la envolvió una sensación de orgullo y tranquilidad. Su casa estaba en orden. Su casa era perfecta.

Podía soportar todo el tiempo de oscuridad, aunque no le gustara, porque tenía la certeza de transitar por cada cuarto de su casa sin chocar con cosa alguna.

Hacía 5 años que Lorenzo faltaba y Stella todavía soñaba con su regreso. Cada tarde, en la mecedora, ese deseo aparecía intacto en su corazón, como cada objeto de su hogar, en su sitio.

Después del torbellino de ambulancia y médicos, de amigos y familia pasando a dejar su pésame, Stella decidió poner cada cosa nuevamente en su espacio. Necesitó ver que las habitaciones mantuvieran la forma y las disposiciones, así como habían estado durante los últimos 50 años.

Porque dejando todo como si el tiempo no hubiera pasado, como si la muerte no hubiera aparecido, tal vez Lorenzo podía regresar y sentirse en su hogar.

La oscuridad y la mecedora llevaron a Stella hacia recuerdos lejanos: Lorenzo haciendo el jardín, ella jugando con los niños. Lorenzo arreglando enchufes, ella cocinando la cena.

Su mente divagó por los espacios.

Desde hacía 50 años, cada mueble, cada adorno, cada objeto, estuvo en el mismo lugar. Se sintió tranquila.

Todo siempre igual.

Pero en un instante todo cambió.

Lo más importante se había movido. Lorenzo ya no estaba ahí. Ni para el jardín, ni para los arreglos, ni para la cena.

Él no iba a regresar.

Entonces, en el segundo preciso en que su mano arrugada y sola despejó las lágrimas de la mejilla, la luz volvió.

Y Stella supo, en ese momento, lo que quería hacer.

Tomó el teléfono y llamó a su hijo mayor.

_ Dieguito _ le dijo _ ¿Podrías pasar mañana por casa?

_ Sí claro, mamá _ respondió su hijo _ ¿Qué necesitas?

_ Quiero que me ayudes a cambiar algunos muebles de lugar.

PANDEMIA

Paula despertó asustada. Bañada en sudor y desorientada hasta que pudo encender la luz.

Por supuesto, Román dio un salto ante el grito ahogado de su mujer.

Hacía dos meses que las pesadillas se habían hecho frecuentes. Sueños incongruentes, vertiginosos. Podía soñar que trotaba por el parque, y de repente, caer por un acantilado rodando hasta despertar.

O conducir alocadamente un vehículo que se transformaba en avión y del cual perdía el control hasta que sus gritos la despertaban. Y a Román.

Durante el día ella se conectaba con el trabajo y sus quehaceres domésticos y poca atención prestaba a lo sucedido por la noche.

Incluso cuando su esposo intentaba preguntar sobre eso, ella no le daba mayor importancia.

- Debo estar cansada, Román, eso es todo – le decía mientras esquivaba su mirada.

Y Román se quedaba como intentando trascender su cabeza para saber qué le pasaba.

Ella comenzó a irse cada vez más tarde a la cama.

Él ya no la esperaba despierta.

Tal vez lograba descansar una o dos noches, pero al cabo las pesadillas volvían a aparecer. Persecuciones, caídas, vacíos, catástrofes.

Paula ya no quería dormir.

Y Román ya no quería hablar.

Fue entonces que le contó a su amiga lo de sus sueños inquietos.

- Son terribles, Sofía - le dijo- Ya no quiero dormir. Aparecen de repente y me despierto fatal. Mojada, gritando. ¡No sé qué hacer! – continuó – Román ya no me habla y decidió dormir en la habitación de huéspedes.
- Pau, no son los sueños – la interrumpió Sofía – A vos te pasa algo más. Decime, confiá.

Luego de respirar profundo, Paula pudo decir:

- Tengo miedo. Miedo de ver.

Sofía le tomó las manos, le transmitió el calor de la amistad y se limitó a escuchar.

Hacía un año, más o menos, que Paula y Román estaban en crisis. El encierro puso en evidencia lo que ya no estaba funcionando.

Al principio quisieron ocultarlo. Pensaron que era pasajero, que era hasta que se acomodaran a convivir las 24 hs. Que sería fácil.

- ¡Nos conocemos de toda la vida, Sofía! ¿Cómo no iba a ser fácil?

Y siguió:

- A veces no soporto su perfume. Ya no me gusta cómo lava los platos, imagínate.

Paula hundió su cara en las manos y soltó el llanto que tenía acumulado, y entre sollozos, alcanzó decir:

- Tengo miedo de ver que mi matrimonio llegó a su fin. Este virus de afuera, que nos obligó a mirarnos, se metió adentro y nos está rompiendo.

Sofía solo pudo abrazar a su amiga, acompañar sus lágrimas y agregar:

- El miedo nos pone en alertas, amiga. Pero tal vez, nos prepara para la acción. Y preguntó ¿pudieron hablar de esto con Román?
- Un poco. Me parece que siente lo mismo. Que esto ya no tiene sentido. Pero no se anima a decirlo. Él también tiene miedo, solo que sin pesadillas.

Un poco más restablecida, Paula le ofreció a Sofía otro café. Ambas, con sus tazas humeantes se acercaron al balcón.

La ciudad empezaba a silenciarse. Todos allí abajo volvían a sus casas, a encerrarse. ¿Por temor? ¿Por cuidado? ¿Por obligación?

Finalmente, Sofía preguntó:

- ¿Qué harías hoy, Paula, si no tuvieras miedo?

Las amigas se miraron.

Sofía dejó la taza sobre la mesada y buscó su bolso para salir.

Mientras, Paula miró la hora, marcó el móvil. Después de unos segundos, preguntó:

- Román, ¿te falta mucho para llegar?

La voz de Román se escuchó opaca y breve.

Paula cortó y, en tanto lo esperaba, fue hasta el armario a buscar su maleta azul.

DESILUSIÓN

_ *Por favor, Ana, apenas puedas ¡nos juntemos! Tengo que contarte algo que no vas a creer.*

El audio de WhatsApp de Gabriela, terminaba en una carcajada contagiosa.

Obvio, Ana escuchó el mensaje y la llamó:

_ ¿Venís o voy?

_ Venite, tengo el auto en el lavadero.

Media hora y las amigas ya tenían el mate listo.

Gabriela empezó:

_ Te acordás que la semana pasada se murió mi tía Rita. Dando por seguro que su amiga sabía de la noticia.

_ ¿¡Quién?! _ interrumpió Ana_ ¿Desde cuándo vos tenés una tía Rita?

_ Bueno, la tía Rita de mi hermano. A ver _ siguió_ Está bien que esto no es Macondo y que mi árbol genealógico no es el de los Buendía, pero vos sabés que mi familia es un quilombo de ensambles. El caso es que Rita es la tía de Enzo, la pareja de mi vieja y, por consiguiente, la tía no sé en qué orden de mi “hermanastro” Pablo. ¿Entendés?

Una vez que Ana acomodó un poco la idea en su cabeza, (ella sabía que la mamá de Gabriela y Enzo eran pareja desde hacía mucho tiempo, y que Pablo era sólo hijo de él. También sabía que Gaby y Pablo tenían pocos años de diferencia y que, si bien ahora se llevaban un poco mejor, en la adolescencia, la convivencia había sido dura para todos) pudo continuar:

_ Ahora sí, un poco. Dale seguí y me ubico en la palmera_ dijo Ana, que todavía no tenía muy claro hacia dónde iba el tema.

Gabriela siguió:

_ Bien, con tantos años juntos mi mamá y Enzo, ahí va lo de “MI” tía Rita. Cuestión que se murió, y Pablo con mi vieja insistieron que los acompañara. Y allá fui. Vos viste que a mí me hincha un poco los ovarios eso de los funerales, pero...

Ambas se miraron y al unísono, dijeron:

_ ¡Era la tía Rita! Y largaron la carcajada.

_ Sigo: Rita tenía un hijo, primo de Enzo, un poco más de edad que él, no sé. Hace mil años que vive afuera, tipo Canadá o EEUU, creo. ¿te acordás que cuando éramos más chicos, con Pablo íbamos al campo que tenía el primo, para el lado de las sierras?

Y ahí fue cuando Ana, pareció acomodarse del todo en el relato de su amiga y agregó:

_ ¡¡Sí!! ¡Me acuerdo! ¡Estaba re bueno!

De repente se puso seria, miró a Gabriela y exclamó ¡Estaba en el velorio!

_ Obvio, boluda, era la madre_ le contestó_ Apenas entré lo vi. Si estaba bueno antes, ¡no sabés ahora! Barba, canoso, anteojitos intelectuales ¡No sabés lo que está!

Ana se levantó para ir al baño. Mientras apretaba el botón del inodoro y caminaba por el pasillo subiéndose el cierre del jean, iba diciendo:

_ Gaby, todo bien, pero ¿eso era lo que no te iba a creer? ¿Qué el primo de Enzo sigue “comestible” como cuando ibas al campo de chica? Y en ese instante, frenó la marcha, miró a su amiga que la esperaba con la mirada más cómplice y pícara que pudo poner, y gritó:

_ Gaby, ¡¿qué hiciste!?

_ Sí, Ana, ¡cogimos! ¡hace dos noches, cogimos! Y la risa socarrona se convirtió, de a poco, en un “Ponele que cogimos”.

Se tiraron en la alfombra, y Gabriela siguió con su historia:

_ A ver, cómo te explico: velatorio, entierro, saludo va, saludo viene. El “primo de Canadá” se me acercó, me tomó por la cintura de una manera muuuyyyy sugestiva, y me chantó un beso en la mejilla que me dejó más boluda de lo que vengo.

Y ahí:

“_ ¡Eh, Gabita! ¡tanto tiempo! La última vez que vine de visita no te pude encontrar”

Y yo:

_ “Ah, ¿sí?, será cuando estuve de viaje por unos meses. Laburo, ¿viste?”

El tipo, ni lerdo, ni perezoso, me pasó discretamente una tarjeta de presentación.

Y yo, que soy boluda, pero venía con unas ganas de coger que no se las deseaba a nadie, dejé pasar un par de noches y lo llamé.

Me invitó a pasar el día en el campo. Vino, risas, anécdotas familiares, temas interesantes, música, atardecer, y... Ana, vos me conocés. A mí todo eso me encanta.

Ana ya no sabía cómo acomodarse en la alfombra y se subió al sillón.

Gabriela retomó el tema.

_ Un dulce. Besos, caricias, ¡una mano, madre mía! La previa fue genial. Casi que recorrimos la casa completa mientras metíamos calentura a más no poder. Pero cuando llegamos al cuarto...

Gabriela hizo una pausa. Se puso de pie, se agarró la cabeza y, exagerando un llanto de teatro, finalizó:

_ Yo ya venía medio en bolas. Él se empezó a sacar los pantalones...y haciendo la mímica de cómo se bajaba el boxer, dijo_ El primo, Ana, el divino canoso con barba, el dulce de leche, mimoso y deseable, ¡tiene un micro pene!

Al principio, Ana quedó muda. Después empezó a reír y la risa creció, paulatinamente, hasta hacerse una carcajada descontrolada. Ambas se contagiaron. Se les caían las lágrimas de tanta risotada.

Ana se hizo pis, literal.

Mientras Gabriela, tentada, continuaba imitando con sus dedos el “tamaño” del pene del primo, caminaba hacia el cuarto a buscar una bombacha para que su amiga se cambiara.

FANTASMA DEL OLVIDO

De repente olvidé dónde había dejado las gafas ¡Es imposible hacer crucigramas sin gafas! Vittorio las encontró y, al dármelas, me pareció escuchar algo como: “Esto se está haciendo costumbre”.

Pero no le presté atención porque ya había vuelto a mi página de cuadritos blancos y negros.

7 vertical: Alimento, generalmente dulce, que se sirve al finalizar una comida.

Escribí POSTRE en el lugar indicado y de un salto salí de la silla y empecé a buscar los ingredientes del Imperial Ruso que tanto le gustaba a mi nene.

_ Mi nene - dije como pensando. Y de inmediato, el grito

_ Vittorio, ¡¡¡¿dónde está el nene?!!!

Silencio.

Cuando él apareció por el vano de la puerta que da al patio, pude ver en sus ojos un dejo de desconcierto. Me miraba distinto. Nada igual a como lo hizo el día de nuestro casamiento.

Ese día estaba tan guapo, y me miraba tan lindo, pensé. Me dejé llevar por el recuerdo.

Me costó entender.

Otra vez el silencio. Y los ojos de Vittorio.

Mi Vittorio que, para sacudirse los temores que se le estaban asomando desde hacía unos días, carraspeó y me dijo:

_ ¡El nene está en Rosario, María! Viene la semana que viene con su mujer.

_ ¡Ah! Sí sí, dije yo. Para cuando venga... para cuando venga... ¿qué le podría preparar al nene, para cuando venga?

Seguí pensando mientras caminaba, lentamente, hacia la mesa y mi crucigrama.

Leí lo último que había escrito: POSTRE. Me invadió un aroma a merengues y pensé: “Imperial Ruso. Eso le voy a preparar al nene”.

¿Cómo era la receta? ... Cómo era la receta, repetí.

Coloqué mis gafas.

11 horizontal: hecho de no recordar algo concreto.

MENTIRAS DE MARTES

Martes

Romina llegó tarde esa noche. Se sentó frente al espejo del cuarto y comenzó a quitarse la ropa. El collar y los aros, con su ruido metálico sobre la cómoda, rompieron el silencio del lugar. Desprendió su blusa y el movimiento desplegó el aroma a cigarros. Y ahí, la contradicción de percibir ese perfume que la conectaba al recuerdo más reciente de la noche, y la realidad de tener que llevar la ropa a la lavandería al día siguiente. Se detuvo un momento, miró su imagen, y con movimientos lentos, fue sacándose la peluca rojiza. Debajo iba apareciendo su cabello original, corto como siempre, con algunas canas incómodas. Ese era el momento crucial de los martes por la noche. Justo ahí era cuando asomaba otra vez Ramiro. El espejo, el maldito espejo, le entregaba su verdad oculta. ¿Su verdad o la mejor mentira? En fin, quitarse el maquillaje terminaba por descubrir la máscara.

Un año atrás, la facultad de Psicología invitaba a estudiantes a participar de una investigación. Ramiro y Daniel se postularon enseguida. Ambos compartían departamento y algo de dinero extra les vendría bien.

Eran amigos desde la secundaria, pero sólo Daniel estudiaba Psicología. Ramiro trabajaba en una oficina cercana.

Esa mañana, habiendo llenado los formularios se interiorizaron del asunto: el trabajo era por duplas, les llevaría unos dos meses el trabajo de campo y, tal vez, uno más para organizar el registro.

Lo más desopilante era que uno de ellos debía vestirse de mujer, sentarse en un banco de plaza e intentar seducir a determinados peatones. En tanto el otro, debía registrar, desde cierta distancia cada situación observada. En la "conquista" había ciertos temas de conversación previamente pautados, y un tiempo más o menos límite para dar por finalizado el "coqueteo". Si la situación se veía complicada, la "señorita" sólo hacía una seña y su compañero de investigación, salía a su rescate.

Finalmente, resolvieron que Ramiro se convertiría en Romina y esa noche llamaron a una amiga de ambos, para que ayudara con el nuevo guardarropa.

La primera semana fue un continuo acomodarse a la ropa, el calzado, el registro, la distancia de observación.

Luego, todo fue fluyendo más.

Seducir, conversar, observar, registrar. Un caminante, otro y otro más. Así cada día. Hasta el martes de la última semana.

Ese día fue especial. Llegaron a la plaza como siempre. "Romina" se acomodó en el banco y preparó su actuación. A poco se acercó un señor, bien parecido, elegantemente vestido, un puro en una mano y un bastón precioso en la otra. Se sentó a su lado y comenzaron la charla. Pero el tiempo excedió considerablemente lo previsto. Daniel, desde su lugar, comenzaba a inquietarse, pero algo de lo que vio, lo hizo quedarse donde estaba y no intervenir.

Vale decir que Romina y el caballero estuvieron por casi dos horas conversando. Y en un saludo que sólo incluyó una serena y suave caricia de manos, el Sr pareció pasarle un pequeño trozo de papel. Daniel dio por cerrada la jornada. Volvieron al departamento en silencio. Jamás pudieron hablar de lo sucedido.

Al poco tiempo, la investigación se terminó, se entregaron los registros, recibieron la paga. Y los amigos tomaron rumbos distintos. Daniel se recibió y se fue a vivir a Buenos Aires. Ramiro consiguió un mejor trabajo en un lugar próximo a esa plaza.

Cada tanto se hablan por teléfono. Pero nunca conversan de la investigación de la Facultad. Ambos saben, ¿qué saben?

A veces ni Ramiro puede explicarse qué sucedió ese día.

Nuevamente martes

Mientras Romina repite el ritual que la lleva indefectiblemente a Ramiro, frente al espejo, recuerda: Esa mañana, el Sr elegante se acercó y Romina sólo escuchó de él las palabras más bonitas que alguien desea escuchar. Se embriagó de ellas, sintió que se las merecía. Y en lo más profundo de su ser sintió que Romina era real, que él siempre había sido Romina. Y se dejó llevar. El Sr elegante, que ya era Adolfo, le pasó su número de teléfono y esa misma noche, hablaron por dos horas más. Nunca nadie sabrá lo que se dijeron.

Desde ese momento, cada martes Ramiro se cuenta la historia de Romina, se la hace piel, vestuario y tacones. Se asoma a la calle y se encuentra con Adolfo en el Club de Habanos del centro.

Ellos solo beben algunos tragos y hablan. Hablan y se miran. Se toman de las manos y se miran. Hacen silencio y se miran.

Adolfo sabe. ¿Es el único que sabe? Lo seguro es que sólo él, en esos instantes, tiene dimensión exacta de quién es Romina. Sólo Adolfo puede descubrir, cuando la mira, quién le devuelve la mirada. Pero, ¿son capaces de hacerse cargo de lo que despierta, en cada uno, el roce de las manos? Ramiro y Adolfo, cada día van eligiendo creer verdades impuestas.

Y los martes ellos mienten, se mienten. ¿De verdad, los martes, mienten?

DESPEDIDA

Era miércoles. Cada miércoles ellos hacían el amor entre las penumbras de su cuarto y se dormían exhaustos, fundidos en un abrazo.

Ese día, ambos salían temprano de sus trabajos, se encontraban en el bar de siempre, pedían los aperitivos, conversaban acerca del día y al cabo de hora, hora y media, caminaban abrazados hasta su departamento, cinco calles más arriba.

Cuando llovía, no. Si llovía, se encontraban directamente en su hogar, pedían comida por teléfono y los tragos quedaban para después del amor.

Los viernes iban al cine. A veces con amigos. Pero casi siempre solos. Regresaban tarde, entonces amarse quedaba para el sábado por la mañana.

Ese miércoles fue distinto. El beso que iniciaba el juego tuvo otro sabor, otro calor.

Los ojos, los de él, se cerraron como queriendo no ver.

Los de ella, miraron la luz que alcanzaba a entrar por la ventana.

La ropa, la de ambos, cayó al piso como piedras en el fango.

Las manos recorrieron los mismos caminos, se deslizaron por las mismas curvas de los cuerpos, pero no despertaron las mismas sensaciones.

Cuando acabaron, él se fue del cuarto sin haber sudado, y ella se quedó sin registro de habersele erizado la piel.

Se soltaron los cuerpos, las almas divagaron lejanas. Se durmieron cada uno en su lado de la cama ¿Se durmieron?

Los sentidos se durmieron, tal vez los deseos.

Es viernes. Ninguno de los dos quiso ir al cine.

Él decidió mirar la tele.

Ella sólo tomó café.

Ambos, a la vez pensaron ¿en qué abrazo nos fuimos despidiendo?

MIRADAS

Después de cerrar la puerta, decidí que las cortinas podían quedar así. Al menos para que ese instante de sol siguiera queriendo entrar.

Al voltear, la foto se hizo más presente que nunca. Siempre estuvo ahí, pero hoy, justo hoy, la vi.

_ ¿Te acordás cómo se reía?

_ ¡Sí! ¡Cuando se tentaba, se hacía pis!

_ Se retorció y pedía “¡basta!”

_ Había muchas cosas que la hacían reír. Me parece que era lo que la mantenía viva.

_ Él no se reía tanto. O no me acuerdo de haberlo visto así, tentado de la risa. ¿vos te acordás de alguna vez verlo así, desparramado de risa?

_ La verdad es que no. Pero era feliz. Yo creo que era feliz. Tenía lo que quería. Estaba todo ahí. Nosotros, su nieto, ella.

_ ¿Dónde estaban acá? ¡Qué lindo se miraban!

_ Eran jóvenes ahí. Todavía se miraban lindo.

_ Siempre se miraban lindo. Me parece que se admiraban más de lo que nosotros pudimos entender. A veces me gusta imaginar que, cuando se miraban, se compartían secretos. Viste que cuando uno mira, puede decir muchas cosas. Bueno, yo creo que ellos, cuando se miraban, se decían las cosas que no querían compartir con nadie más.

Mi hermano dejó la foto sobre la mesita y se levantó a preparar café, como para que yo no pudiera ver la emoción que le nacía de los ojos.

De repente se sintió como si el invierno otra vez estuviera aquí.

El sol ya se había ido y entonces, encendí la luz de la sala para poder seguir contemplando la foto.

_ ¿Vos qué creés que se decían acá? Señalando la imagen, le pregunté a mi hermano, que ya servía el café.

Y soltando una risa bien mezclada con llanto, me dijo:

_ A mí me gustaría saber qué se estarán diciendo ahora, que se volvieron a encontrar.

Nos reímos juntos. No nos hicimos pis, pero nos abrazamos apretado.

Después de eso, yo me quedé en silencio deseando que alguna vez, alguien pudiera mirarme así, como ellos lo hacían, para compartirme secretos.

RENACER

Anoche tuve ganas de dormir abrazada a vos, pero no estabas.
Peor fue volver a confirmar que no estarías nunca más.
Así me dormí. Con esa sensación de vacío eterno.
Despertarme fue fatal. El nudo en el estómago hizo que me acurrucara sobre mí misma. El nudo en la garganta me impidió gritar.
Y las lágrimas discurrieron por las horas que le quedaban a la mañana.
Extenuada, aún sin haberme movido, me volví a dormir.
El ladrido de mi perro me despertó y tuve que salir de la cama para abrirle la puerta del patio.
El frío del piso en mis pies me estremeció hasta el alma.
Me preparé el mate como para convencerme que todo estaba bien. Que podía estar despierta sin temor, sin dolor, sin vos. Pero otra vez el frío. Me volví a la cama.
Después perdí la noción del tiempo y de mi cuerpo.
Un ruido lejano me sobresaltó y, desorientada, me senté en la cama; puse de nuevo los pies en el suelo para ver si podía espabilar.
Ya era de tarde. Tomé agua.
El nudo en la garganta no quiso ceder.
El del estómago había empezado a desistir.
Me obligué a quedarme en la cocina.
Volver a la cama era volver a morir. Como el día que te fuiste. Como la tarde que me pareció percibir tu perfume. Como anoche con la ausencia de tu abrazo.
Y escribí. Hice garabatos en la hoja, y escribí.
Sonreí recordando los buenos tiempos.
Puse música, seguí escribiendo y recordando.
Me descubrí riendo a carcajadas. De repente lloré de risa. Me reí de mí, de vos y de la misma muerte.
Es verdad, vos te fuiste y yo me sentí morir.
¡Cuánto tiempo ya pasó de eso!
Subí un poco más el volumen de la música.
Volví a preparar el mate y empecé a bailar.
Cuando vos te fuiste, parte de mis sueños se fueron con vos. Mis ilusiones se quedaron mustias.
Pero yo estaba viva.
Y grité: *¡Carajo! ¡¿Por qué te extraño tanto!?*
El nudo en la garganta desapareció.
Tomé agua. Respiré profundo. Miré a mi perro.
Y escribí: *Yo te extraño porque te amé. Vos te fuiste. Yo permanecí. Algo de mí se murió con vos, pero las ilusiones no. Sólo están marchitas y las voy a recuperar.*
Ya era de noche.
Sonó el teléfono y la voz de mi amiga me conectó otra vez con la realidad:
_ *¿Qué hacés?*
Y yo, viendo en el espejo, mis ojos aún congestionados
_ *Estoy por abrir una botella de vino, ¿venís?*
_ *En 5 minutos estoy ahí.*

LOS MÍOS

Charo estaba festejando su cumpleaños.

Con la copa en la mano, subió al 1º piso y, desde la ventana de su cuarto, como jugando a las escondidas, quiso ver a todos los que se habían reunido en el patio a celebrarla.

Después de unas cuantas discusiones con su hijo, aceptó la propuesta de hacer algo importante:

_ ¡Dale, vieja! ¡Son los 50! ¡Hay que hacer algo grande!

_ Pero yo prefiero irme de viaje con vos_ dijo en ese momento, sabiendo que su jovencito ya había ganado la batalla. Lo miró, y su mirada se cubrió de ternura y recuerdos.

_ Está bien_ dijo finalmente Charo_ ¡pero sólo los míos!

_ ¡Obvio, má!_ terminó diciendo Andrés, con un gesto de victoria y de saber, exactamente, quiénes iban a estar allí.

A pocas semanas de la charla, la casa se revolucionó por completo: decoración, catering, limpieza, colores, luces, música.

Andrés y su novia se hicieron cargo del trabajo duro. Y Charo, de la lista de invitados.

Todos estaban allí. Desde la ventana de su habitación en el primer piso podía verlos: *Los míos*

_ Siempre estuvieron aquí_ susurró Charo, mientras se llevaba su mano libre al centro de su pecho

_ En mi esencia.

En estos 50 años, cada uno había llegado a su tiempo. Y todos se habían quedado. Aún sus padres. Allí los veía, también, acomodándose en unos de los livings dispuestos para la fiesta.

Cada uno fue testigo de una parte del camino. De los verdes brotes, de las piedras grises, los arroyos refrescantes, del renacer cotidiano.

Cada uno, como retazos de un patchwork, formaban parte de su piel.

Charo volvió a llevar su mano al corazón: allí estaban “los míos”, los angelitos de la guarda, los que la vieron levantar cabeza, una y otra vez, los centinelas constantes de sentires y proyectos.

Desde el patio le festejaban un año más y sus locuras.

En un momento vio a su hermana, que desde un rincón la había descubierto, como en las escondidas. Ella fue la primera en llegar a su vida. Y a su casa. Junto a su hijo y a su nuera no dejaron detalles sin mirar.

Cuando vio a Charo en la ventana, levantó su copa, en un movimiento casi imperceptible, liviano y se miraron como nunca, como siempre, cómplices eternas de la génesis.

Y casi como en un efecto dominó, todas las cabezas de esa noche se elevaron junto con sus copas, hacia la ventana del primer piso.

Alguien a viva voz comenzó a cantar el típico ¡Feliz Cumpleaños! Y todos se sumaron.

Andrés, que había subido a buscarla, la abrazó por detrás como solía hacer, aprovechando que le ganaba en altura.

_ ¿Viste, má? Sólo los tuyos, sólo nosotros, los de siempre.